

—Ya lo habeis oido, señora, decia Flon restregándose las manos, esto es hablar en plata.

—Ay! excelentísimo señor conde, ojalá que todos pudiésemos hacer lo mismo!

—Diablo de Matusalen! dijo la tornera.

—Teneis acaso disturbios en el convento?

—Cál no, excelentísimo señor conde, si mis hijas son unas ovejuelas, aquí se ama á su magestad el rey, las *excomuniones* tienen calosfriadas á las monjitas, no quieren ni mentar á esos hombres---- Y pensar que uno de ellos ha estado en ese asiento, nos ha dado la mano y nos---- es para perder el juicio.

—He tenido el gusto, dijo Flon, de presentar mis respetos á la comunidad, y ahora con vuestro permiso me retiro.

—El convento quiere hacer un obsequio al excelentísimo señor conde y á su oficialidad; vamos, hija mia, traed la charola con los escapularios.

Levantóse Rosalía sin hablar una sola palabra á cumplir con la orden de la abadesa, quien fué entregando las reliquias á los oficiales que se acercaban á la reja.

Al llegarse el último que era un capitán, Rosalía se aproximó á la reja y sus grandes ojos se fijaron en él, que por su parte ni se apercibió siquiera de la jóven.

Rosalía no pudo resistir y lanzando un grito ahogado cayó desmayada en los brazos de la abadesa.

Rosalía habia reconocido á don Félix de Quintanar.

—No es nada, dijo la superiora, cubriéndola con su manto; sufre esta jóven estos desmayos, ya la curaremos.

—Haced, dijo el conde, que la comunidad eleve sus oraciones al cielo por el triunfo de nuestra causa.

—El cielo os acompañe y bendiga las armas de vuestro ejército.

III.

Salía el conde de la Cadena de la reja, cuando una viejecita presentó á la abadesa la orden de libertad para la corregidora y la de depósito para Rosalía.

—Qué es esto? dijo azorada la abadesa.

—Ya lo veis, madrecita, vengo por esa jóven.

—Por mí! gritó Rosalía, sacudiendo el sopor que la embargaba.

—Precisamente, el señor alcalde Collado cambia vuestro depósito, la casa de la señora condesa del Milagro os servirá de asilo.

—Conque me abandonais, dijo la abadesa llorando porque le habia cobrado un gran cariño á la jóven.

—No os abandona voluntariamente, la autoridad lo dispone y----

—Señora, yo permanecería á vuestro lado en el convento; pero acabo de tener un encuentro.

—Un encuentro, hija mia?

—Sí acabo de ver entre la oficialidad del conde á Félix.

—A vuestro esposo?

—Sí, pero no he podido preguntarle por mi hijo, por mi hijo que no he olvidado un solo instante.

—Comprendo la causa de vuestro desmayo.

—La impresion ha sido horrible.

—Yo necesito buscar á Félix, y pedirle á mi hijo.

—Eso no puede ser, dijo la abadesa, que en su egoismo queria vengarse de la separacion de Rosalía; yo necesito saber si esa orden es legítima.

—Desconfiais de mí? pregunto la vieja.

—No, pero dudo, y estando esta señora bajo mi responsabi-

lidad, necesito cerciorarme; acaso puede ser un lazo que se le tienda.

—No seais, por Dios, impertinente, ved los sellos.

—Sí, sí, ya comprendo, todo ello puede ser falsificado, ademas que la entrega la debo hacer personalmente á la señora condesa.

—Dejadme salir por compasion, mirad que don Félix se aleja llevándose mi esperanza; tened compasion de mí!

—Sí, para todo hay tiempo.

—Mañana será tarde.

—Las cosas pensadas salen mejor, hija mia, acaso me culparias mas tarde de lijereza: paciencia, hija mia, paciencia.

—Ved que estoy agonizando, tened compasion de una madre, os hablo en nombre de la humanidad!

Hablar de esos sentimientos á esos seres que han abjurado de la familia y de la sociedad y del porvenir, es invocar á Dios delante de un ídolo.

La vieja permanecia serena ante aquel conflicto, y tirándose atras el manto dijo con acento severo:

—Pues bien, he aquí á la condesa del Milagro que viene por la jóven Treviño.

—Dió un paso atras la monja al reconocer á la condesa, y se propuso disputarle á Rosalía.

—Perdonad, señora, pero vuestro mismo disfraz me hace sospechar algo inconveniente.

—Es que quise evitar todo lo pesado de vuestros cumplidos. La superiora se mordió los lábios.

—Entregadme á Rosalía ó decid de una vez si obedecéis.

—Sí que obedezco, pero esta hora no es la propia para estos asuntos interrumpís el orden del convento, venid mañana.

En aquel instante se oyó un rumor en el patio y gritos descompasados.

La abadesa palideció.

La señora Dominguez entró en la reja y dijo á la superiora:

—Pasan cosas horribles en el convento.

—Y que haceis aquí, señora?

—He recibido la orden de libertad, y vengo á avisaros que salgo en este momento.

La gritería continuaba cada vez mas escandalosa.

—Idos pues, señora Dominguez, y vos tambien.

—Aquí está la orden, dijo la condesa.

—He aquí la mia, dijo la corregidora.

—Marchaos.

Rosalía quizo abrazar por ultima vez á la abadesa, pero esta la rechazó con altanería, y envolviéndose en su manto se internó en los patios del convento.

—Buscad á don Félix, dijo la condesa á Rosalía; poneos en marcha, yo necesito partir á otra parte donde me interesa; cuando creais mas abandonada estaré á vuestro lado, nada temais, el porvenir es vuestro, tomad este dinero y proporcionaos lo necesario para el viage. En el pueblo de Dolores encontrareis á don Félix, para ese punto se dirige el ejército.

—Gracias, señora.

—Nos veremos.

—Adios.

—Adios.

IV.

—Mientras que la abadesa recibia al conde de la Cadena, las monjas salieron á hora de asueto al patio, dividiéndose en grupos segun sus simpatías y amistades.

Sor Refugio se habia retirado á un ángulo del patio con las partidarias de la *insurgencia*, mientras Sor Bárbara platicaba con las *realistas*, murmurando de las contrarias.

Comenzaron las risas de burla, las indirectas y todo ese juego de palabras amarguísimas que solo tiene valor en boca de una mujer.

Acercáronse las dos monjas poco á poco, como dos gallos que se buscan y reconocen en el palenque.

Sor Refugio era traviesa, y comenzó á hablar remedando el ceceo de los españoles.

Sor Bárbara estaba con el rostro encendido y los ojos centellantes.

La tornera se deslizó en el patio y contó en voz alta las badladronadas del conde de la Cadena, sin omitir lo sustancial de la proclama.

—Que soldado tan bruto! dijo Sor Refugio, parece que va á tenérselas con chiquillos de la escuela.

—Con cuatro soldados le basta para pulverizar á esos *criollos*, dijo Sor Bárbara.

—No vaya á ser que á él lo pulvericen, es necesario que el señor conde tenga mucho cuidado.

—No se necesita cuando se lucha con gente tan cobarde.

—Es cierto, de pura cobardia tomaron san Miguel y Celaya, eso se nota á distancia.

—No son mas que unos ladrones que asaltan las ciudades para robar.

—Os han dejado sin vuestra hacienda que trajisteis de España?

—No me esteis impacientando, Sor Refugio!

—Pues no habéis así de los mexicanos.

—Soy aragonesa.

—Y yo de México.

—Debíais tener miramientos, porque nuestro gobierno os manda.

—A mí no me manda más que el cura Hidalgo.

—Estais diciendo barbaridades, ese cura es un hereje.

—Ese cura vale mas que todos los vuestros; ese cura quiere

echar á todos los europeos y volvernos nuestra tierra que os habeis cojido desde hace tantos años.

—Es decir que somos ladrones?

—Sacad vos la consecuencia.

—Aunque fuera cierto, no os lo quiero tolerar, dijo Sor Bárbara, y levantando su mano aragonesa la dejó caer sobre el rostro delicado de Sor Refugio.

La tierna criatura cayó en el suelo, donde rebotó su cabeza, saliendo un borboton de sangre que manchó las limpias tocas y el hábito.

La tornera, que amaba á la monja con una profunda ternura, dió un bufido de coraje y buscándose en el delantal las tijeras de su costura, ciega de cólera se lanzó como una fiera sobre la aragonesa, que la despidió con un soberbio bofeton que le hizo dar contra una de las columnas.

Arrojando sangre y espuma por los labios, se rehizo la tornera, y comenzó casi barriéndose por el suelo, á buscar un flanco á tan formidable enemigo.

Las monjas daban gritos de espanto viendo desmayada y herida á Sor Refugio, y á la tornera con el arma en la mano dispuesta á sepultarla en el seno de Sor Bárbara.

Débiles mujeres, ninguna se atrevia á impedir el duelo sino con sus clamores.

La aragonesa tomó en sus manos un banquillo, que blandia con fúror, y esperaba el asalto para aplastar á su enemiga.

Cesaron las injurias y solo se veia á las dos monjas con las tocas en jirones y sacudiendo sus cabezas empapadas en sudor, y viéndose de hito en hito con miradas de tigre; estaban jadeantes de rábía y de cansancio.

La tornera daba vueltas en un giro de acecho intencionado, en torno de la columna que servia de punto de apoyo á su contraria.

Haciendo tentativas de asalto, acercándose y replegándose

se con una habilidad y ligereza sorprendentes, huyendo los golpes que le descargaba la aragonesa, logró cansarla ó disminuir su vigor.

Entónces no esperó mas: lanzando una maldicion horrible, se precipitó sobre la monja y rápida como el rayo le sepultó en la garganta las tijeras rompiéndole la yugular.

Un torrente de sangre se desató por la herida y Sor Bárbara cayó moribunda en las baldosas.

La tornera vió con horror aquella escena de sangre, sacudió sus hábitos manchados y se marchó á encerrar á su celda.

En aquel momento penetró la abadesa en el patio y se encontró con Sor Refugio y la aragonesa tendidas en el suelo y ensangrentadas.

CAPÍTULO XXIV.

DOS GENIOS.

I.

La noche de ese dia memorable en que Hidalgo fué proclamado generalísimo del ejército independiente, se presentó en su alojamiento un hombre de alta estatura, grueso, de ojos centellantes bajo el arco de la frente que dejaba ver un pañuelo blanco que le cubria la cabeza; sus cejas eran pobladas, su nariz recta y un tanto alzada en la extremidad, sus labios delgados, los carrillos gruesos, y no llevaba barba alguna, lo que indicaba que pertenecía á la categoría eclesiástica.

Aquel personaje revelaba una comprension admirable, y es que el genio se trasparenta como el sol tras los vapores atmosféricos.

Ese hombre tocaba aquella noche memorable á las puertas de la inmortalidad.

—Señor cura Hidalgo, decia con voz vibrante, quiero ser algo que abarque todo vuestro ejército, seré el capellan de vuestros soldados.